

Reseñas

RESEÑAS

Lev Vigotsky (2004), *Teoría de las emociones. Estudio histórico-psicológico*, trad. Judith Viaplana, Madrid, Akal.

I. Acerca de la edición del texto Teoría de las emociones

El libro *Teoría de las emociones*, es una oportunidad para conocer en forma más acabada la reflexión teórico-filosófica sobre las emociones, lamentablemente no da elementos introductorios para ubicarlo en el contexto de la obra de Lev Semiónovich Vigotski (1896-1934)¹ desarrollada en dos textos que trabajó entre 1931 y 1934, recogidos en sus *Obras Escogidas* de la editorial Aprendizaje/Visor. Uno, que asumo es el mismo que la editorial Akal publica, se titula *Doctrina de las emociones: Investigación histórico-psicológica*, escrito entre 1931 y 1933. El otro fue publicado en las llamadas *Conferencias sobre Psicología*, dictadas por Vigotski entre marzo y abril de 1932, una de las cuales, la número cuatro, se llama *Las emociones y su desarrollo en la edad infantil*, y desarrolla brevemente la misma línea argumental del texto que reseño. Todo hace suponer que fue parte del trabajo científico de Vigotski entre 1931 y 1933, en torno a las emociones. Fuera de estos dos textos, ningún otro en sus *Obras Escogidas* está referido de manera exclusiva a las emociones, aunque el tema cruza buena parte de su obra.

La lectura de *Teoría de las emociones* deja la impresión de que Vigotski no había formulado aún una propuesta teórica alternativa; su objetivo se restringe a proponer las condiciones metodológicas y filosóficas para iniciarla. Desde luego, en el texto se exponen párrafos y líneas que dan una explicación alternativa a las teorías criticadas en su texto, pero no alcanzan, a mi parecer, algo que pudiera lla-

¹ El nombre de Vigotski tiene distintas escrituras (Wygotski, Vygotzki, Vygotzky, Vuigotskij, Vygotzskii, Vygotzskij, Vigotski, Vigotsky) según la fuente idiomática y el centro de estudios de sus obras. Opté por escribir el nombre de Vigotski conforme lo hace la Editorial Progreso, principal difusora de libros científicos en español en la ex Unión Soviética. Sólo para fines de citación, escribiré el nombre de Vigotski de otra forma, siguiendo la ortografía del autor y la editorial correspondiente.

marse teoría o modelo alternativo. Tal modelo teórico es una obra que Vigotski considera colectiva, por lo que explícitamente declara el alcance acotado de su texto, lo que no deja de llamar la atención si se recuerda el papel que tenían las emociones en las concepciones de Vigotski desde su incursión en la literatura (con el análisis de *Hamlet*, entre 1915 y 1916), y en sus intereses en psicología del arte, que lo llevaron al estudio de la psicología científica y a participar en el Segundo Congreso Nacional de Psiconeurología, realizado en Leningrado en 1924. El tema de la relación entre el lenguaje y las emociones es uno de los motivos principales que inducen a Vigotski a cuestionar las insuficiencias teórico–metodológicas de las teorías psicológicas de su época, particularmente su tendencia al reduccionismo fisiológico y su incapacidad para dar cuenta de la conciencia humana.²

Vigotski es uno de los tres personajes más importantes en el desarrollo de la psicología soviética en una década de intenso trabajo: 1924–1934, en la que publicó todos sus trabajos sobre psicología. Fue el creador de lo que ahora se llama la Teoría histórico–cultural³ del psiquismo humano, una de cuyas tesis centrales concibe el psiquismo humano mediado por *instrumentos* psíquicos, los signos, esto es, semiotizado, y con ello, por la cultura y la historia. En el libro que reseño, se expresa la noción central de toda su obra teórica: el signo como instrumento y el significado como el contenido esencial en la conciencia, el pensamiento y la vida emocional; todo ello bajo el supuesto de que el lenguaje humano es un producto de las relaciones históricas y condiciones sociales concretas, de ahí el centro de su crítica a las teorías de las emociones expuestas en su texto:

[...] de qué manera están vinculadas nuestra conciencia y nuestra existencia viva y real. Si no se comprende este nexo, la conciencia aparece inevitablemente como un epifenómeno [...] con lo que la absoluta imposibilidad de encontrar un nexo racional entre las pasiones del alma y la vida real del hombre está decidida de antemano [...] El espantoso resultado al que nos lleva la psicología de las emociones contemporánea es haber privado absolutamente de sentido a las pasiones del alma y haber eliminado toda esperanza de comprender un día el significado vital de la pasión y, con ella, de toda la conciencia humana. En

² Leontiev, 1997.

³ Lo histórico no sólo en el sentido de relaciones sociales en una época determinada, sino ante todo, como desarrollo del psiquismo tanto en la ontogenia, en la filogenia y en la patología al observar en pacientes el proceso de deterioro y recuperación de éste (Leontiev, 1997: 433).

el fondo, ese resultado ya está íntegramente contenido en la teoría cartesiana que acabamos de examinar. (Vigotsky, 2004: 197-198; se respeta la ortografía de la traductora)

II. Sobre el contenido de Teoría de las emociones

El libro critica la teoría de las emociones del fisiólogo, filósofo y psicólogo estadounidense Williams James (1842-1910), expuesta en 1884, y la del físico y psicólogo danés Carl George Lange (1834-1900), de 1885; en ellas se sostiene que las emociones son explicables únicamente por sus componentes viscerales, musculares y vasculares; las emociones no son otra cosa que sensaciones corporales de las que cobramos conciencia. Ambas teorías fueron conocidas como Teoría periférica de las emociones o Teoría James–Lange, y son un ejemplo del modelo biologicista de lo psicológico. Para estos teóricos, la naturaleza fisiológica de las emociones consistía en meros cambios orgánicos de tipo vascular o visceral: modificaciones del flujo sanguíneo expresadas por palidez o enrojecimiento del rostro, apertura de pupilas, sensaciones estomacales, contracción de músculos de la cara y cuerpo, rechinido o presión de dientes, aumento en la respiración, del ritmo cardiaco, sudoración, temblores, etcétera. La Teoría James–Lange conllevaba dos implicaciones que Vigotski analiza empíricamente para demostrar lo erróneo de ella: 1) sin manifestaciones corporales no hay emoción, por lo tanto, si se eliminan o impiden éstas, la emoción deberá cesar; (2) si estando serenos sin tener el estado mental de una cierta emoción, y provocamos las manifestaciones externas de ella, entonces deberemos experimentar dicha emoción. Es decir, para ellos, las emociones eran las manifestaciones corporales y no los contenidos psicológicos que las generaban.

Frente a esta Teoría periférica de las emociones, surgió en la década de 1920 otra, conocida como Teoría central de las emociones propuesta por el fisiólogo norteamericano Walter Bradford Cannon, quien veía en el control cortico–subcortical, propiamente talámico, la explicación causal de las emociones. Para Vigotski, la teoría central contradecía la teoría de James–Lange, y revaloraba el papel de la corteza cerebral en la influencia de las emociones, lo que abría la puerta a los procesos psicológicos superiores dependientes de la corteza cerebral: el lenguaje, la conciencia, la imaginación, el pensamiento, la voluntad, entre otros. Vigotski hace una extensa revisión de experimentos de distintos científicos que llevan a conclusiones contrarias a la teoría James–Lange. Refiere al fisiólogo inglés Sherrington, quien mediante el corte del nervio vago en experimentos con perros logró aislar las respuestas fisiológicas y corporales que acompañan una emoción: sus

animales manifestaban reacciones de cólera, miedo, satisfacción y repugnancia a pesar carecer del sustrato neurofisiológico que supuestamente las causaba. Sherrington concluye que la actividad visceral es secundaria y que lo primario es la actividad de los hemisferios cerebrales (32). Las mismas tesis fueron confirmadas por experimentos de los fisiólogos W. B. Cannon, J. T. Lewis y S. W. Britton en 1927 cuando cortaron toda comunicación del sistema simpático y eliminaron las reacciones vasomotrices, la secreción de adrenalina, las reacciones viscerales, erizamiento de pelo y liberación de azúcar en el hígado. Sus gatos experimentales seguían manifestando todo tipo de emoción frente a un perro, exceptuando el erizamiento del pelo. Vigotski analiza el significado biológico de las emociones (preparar al animal para atacar o huir en situaciones reales), y concluye que el animal operado, y el normal, responden emocionalmente igual en condiciones de laboratorio, sin embargo, en la vida real, el primero, perdería la función biológica de las emociones extremas: huir o atacar, lo que lo condenaría a morir en su ambiente natural.

Este punto es central en la teorización de Vigotski: las teorías psicológicas deben responder a las *condiciones reales* de la vida, no sólo a las experimentales, y puesto que los experimentos se hacían con animales, aún quedaba la posible objeción de que no sabíamos a ciencia cierta lo que sentían porque no lo reportaban. Frente a esto, Vigotski cita los experimentos del médico y endocrinólogo español Gregorio Marañón (1887-1960) con sujetos humanos, a quienes inyectó adrenalina para provocar los signos externos de las emociones. Después se les preguntó lo que sentían: las respuestas fueron descritas como “una sensación vaga, difusa, indiferenciada de sensaciones” parecidas al miedo o alegría, pero sin que sintieran propiamente miedo o alegría. Los sujetos que lloraron por sentirse tristes no sólo tenían hipotiroidismo, sino que antes de la inyección, habían hablado de los males de sus hijos lo que los predispuso a inducirle la emoción. Vigotski ve en ello la indisoluble interdependencia de los componentes psíquicos y orgánicos en toda emoción, pero a su vez, su independencia relativa. En sus palabras:

[...] los componentes psíquicos y somáticos, provocados de diferentes maneras, van, por así decirlo, al encuentro unos de otros, de tal manera que en su punto de intersección, en el momento de su encuentro, nace el verdadero trastorno emocional [...] (39)

Lo anterior hizo que Vigotski formulara la tesis de que la emoción no es la suma de las sensaciones de las reacciones orgánicas, sino “una tendencia a actuar en una dirección determinada” (40).

Vigotski prosigue su análisis después de revisar los datos experimentales con animales y humanos, y posteriormente plantea hechos clínicos humanos. Cita casos referidos por Wilson en 1921, en los que hay una *disociación* entre las manifestaciones conductuales de la emoción y los estados psicológicos de los pacientes. En un caso, los pacientes experimentaban tristeza mientras reían a carcajadas o lloraban cuando se sentían felices. Por el contrario, había pacientes con una expresión en el rostro siempre igual, tipo máscara, pero con intensos estados emocionales subjetivos. En ambos casos, tanto la disociación entre las manifestaciones conductuales y corporales de la emoción, como los estados subjetivos de ellas, muestran que el componente psíquico de la emoción subsiste a pesar de la ausencia del componente corporal. Ello es más notorio, señala Vigotski, en los casos de parálisis total del cuerpo citados por Dana en 1921, en donde la vida emocional subjetiva existe a pesar de que el sistema muscular y el sistema simpático están anulados. Aún más evidentes son los casos referidos por el neurólogo inglés Henry Head sobre afección unilateral de los tálamos ópticos en donde se observa la reacción emocional ante un estímulo afectivo unilateral (izquierdo o derecho) ante una presión dolorosa, fría o calurosa, placentera o displacentera. Frente a estos hechos, ¿cómo explicar la reacción unilateral de las emociones apelando a los sistemas simpático y muscular, cuando son estructuras centrales las que tiene este carácter asimétrico? Tales resultados clínicos dieron, según Vigotski, un giro fundamental a la teorización acerca de las emociones al hacerla pasar de “la periferia al cerebro” (50).

La nueva teoría biologicista de las emociones llamada por Vigotski, Teoría talámica, a diferencia de la de James–Lagan —que reducía los sentimientos a las sensaciones— pretendió acercarlos hasta confundirlos totalmente. Las tesis de la teoría talámica de las emociones son puntualizadas por Vigotski: el tálamo óptico es el sustrato material de las emociones, la zona donde se producen los estados de conciencia; las emociones se originan en el tálamo óptico. Según esta teoría, la cualidad de la emoción se asocia a una sensación si se activan los procesos talámicos (65). La tesis central de estas conclusiones (y lo positivo dentro de sus limitaciones según el autor) es el papel de la corteza y su relación con el tálamo. Vigotski cita las investigaciones que apuntan a la localización de centros vinculados a las emociones, al referir los experimentos de Vladimir Bekhterev en los cuales se quita la corteza cerebral a los animales sin tocar el tálamo; el resultado es que los animales pierden la desinhibición cortical de las emociones. Refiere el caso de hemipléjicos que, incapaces de mover voluntariamente los músculos faciales paralizados, pueden, en estados de tristeza o alegría, tener simetría facial, lo que se explica por

la desconexión subcortical de las vías motoras pero no del tálamo óptico. El fenómeno inverso se da cuando se afecta unilateralmente un tálamo óptico: el paciente tiene simetría facial (controlada por la corteza), pero cuando sonrío de alegría o gesticula tristeza, aparece asimetría en la cara. El fenómeno contrario ocurre con parálisis pseudobulbar: el paciente tiene parálisis bilateral de los músculos faciales, pero cuando está alegre o triste aparece el movimiento de esos músculos. En otros casos, como el de la narcolepsia por afección del tercer ventrículo, los pacientes muestran una indiferencia afectiva casi total ante las circunstancias y las burlas u ofensas les son totalmente indiferentes, pero los fenómenos de risa o llanto paroxícticos incontrolados también son expresión de este problema. En todos estos casos, los tálamos ópticos están afectados. Finalmente, los experimentos farmacológicos con anestesia que inhiben el control cortical, dejan ver las manifestaciones emocionales desinhibidas controladas por el tálamo. Vigotski reseña después la tesis de John Hughlings Jackson sobre la organización jerárquica de las funciones nerviosas, en las cuales los centros superiores regulan las funciones más complejas mientras los centros inferiores regulan las funciones más primitivas. El control de éstas últimas recae en los centros superiores, de ahí que su desconexión deje libres las emociones primitivas en forma involuntaria e intensa.

Pese a los aportes de la teoría central de las emociones, Vigotski aprecia que ambas posiciones (la periférica y la central), al biologizar a las emociones, son incapaces de ver en ellas lo que tienen propiamente de humanas: el *significado* que cada una de ellas tiene para la persona que las siente; es decir, la influencia que la conciencia y el pensamiento tienen en cada una de ellas; su relación estrecha con la personalidad de cada individuo; la dependencia que aquellas tienen con las vivencias del sujeto en un contexto histórico, bajo condiciones sociales concretas, y, sobre todo, su desarrollo y cambio cualitativo durante las condiciones de vida del hombre. La biologización de las emociones de la Teoría de James–Lange, si bien describía lo que ocurre en la periferia corporal cuando nos emocionamos, dejaba de lado la relación que existe entre los contenidos psicológicos o cognitivos y dichos estados fisiológicos. Partía de dos supuestos fundamentales: (1) la emoción se reduce a respuestas fisiológicas que se expresan o se conocen mediante la conciencia; (2) estos estados son específicos para distintas emociones. Ambos supuestos resultaron falsos a la luz de otras investigaciones neurológicas y que Vigotski expone con amplitud en su texto.

Sin embargo James, psicólogo al fin y al cabo, adopta la noción de su época de la existencia de procesos superiores e inferiores y la adapta a su teoría de las emo-

ciones; para él, las emociones inferiores se expresan de forma visceral; las superiores, como la apreciación artística, la moral, la religión, son meramente espirituales. Esta manera de aproximarse a las emociones conllevaba el dualismo bajo la fachada de un biologicismo radical, —postura que adoptará Lange— y recibirá en todo el texto de Vigotski, una severa y desmenuzada crítica no sólo a sus fundamentos fisiológicos y psicológicos, sino también filosóficos. El problema de los sentimientos ‘superiores’ en los cuales la conciencia y la voluntad juegan un papel importante, fue estudiado por James y Lange. En James, los sentimientos son meros epifenómenos de las emociones entendidas como cambios viscerales y musculares. Las sensibilidades superiores son alucinaciones afectivas (196). James y Lange coinciden en la imposibilidad del desarrollo de las emociones en el curso de la historia, lo que lleva a Vigotski a decir:

Lo trágico de la posición de James, y con él de toda la psicología contemporánea, es que no puede acceder de ninguna manera a la comprensión de un nexo realmente racional entre nuestros pensamientos y nuestras sensaciones, por un lado, y de la actividad de nuestro cuerpo, por el otro. (197)

El conjunto de los hechos empíricos que cuestionaron la teoría organicista no era suficiente para Vigotski. Se requería no sólo acumulación indefinida de datos, sino especialmente la generalización de una *nueva* teoría de las emociones. Su texto representa sus primeros pasos para la nueva reformulación teórica que permitiría salir del atolladero biologicista que mantenía prisionera a la teoría psicológica. Su aproximación no negaba el papel de la biología en las emociones; Vigotski refrenda que las bases materiales de la neurofisiología son la premisa para una explicación materialista de las emociones, pero sostiene que por sí sola es insuficiente teórica y psicológicamente. En segundo lugar, revalora el papel que la filosofía tiene en el replanteamiento teórico de lo psicológico y de la psicología que sabe ubicar los problemas filosóficos en su quehacer científico, tal como hacen los psicólogos Piaget, Wertheimer y Khöler. Vigotski se propone como tarea fundamental en su texto:

[...] descubrir este pensamientos filosóficos que domina a los antiguos y actuales naturalistas en sus teorías de la vida afectiva [...] nuestra meta es crear las bases primeras de una teoría psicológica de los afectos que sea plenamente consciente de su naturaleza filosófica, que no tema hacer generalizaciones más elevadas, adecuada a la naturaleza psicológica de las pasiones [...] (58)

Vigotski formula esta meta consciente de que una teoría psicológica de las emociones es un quehacer colectivo y que él se ubica dentro de esta división de trabajo en el papel de “indicar la interpretación filosófica del problema psicológico de los afectos” (58). Plantea realizar estos objetivos retomando la teoría de las pasiones de Baruch Spinoza, y al ubicar sus limitaciones y contribuciones, tarea que llevará a una concepción de Hombre que sea modelo de la naturaleza humana.

Puesto que Lange ubica los antecedentes de su teoría en Spinoza, Vigotski analiza de manera histórica su teoría de las pasiones y la de René Descartes, para mostrar la distancia entre ellos. Frente al fracaso de la teoría James–Lange, Vigotski señala que el verdadero vínculo de la teoría organicista no es con la filosofía de Spinoza, sino con la de Descartes y Malebranche:

La opinión de que la teoría de James–Lange se enraiza en la *Ética* se basa en un error [...] el origen del error es la negligencia filosófica del propio Lange y, en parte, la de James, quienes se preocuparon poco por la naturaleza filosófica de la teoría que habían creado [...] Por otro lado, si todo el mundo podía aceptar esta opinión errónea como verdad [...] se debía a que [...] en la psicología ha reinado un error de naturaleza mucho más basta: la idea de un parentesco interno [...] entre la teoría de las pasiones de Descartes y la de Spinoza [...] la filosofía de Descartes no engendró de modo alguno a la filosofía de Spinoza, antes bien, exigió su aparición. (83-84)

Para Vigotski el paralelismo psicofísico —el dualismo— de Descartes no lo presenta Spinoza, más bien la teoría de éste es la otra cara de la luna. Mientras que para Descartes las pasiones se explican fisiológicamente y plantean la relación entre dos entidades paralelas (mente–cuerpo), para Spinoza el problema es “la relación existente entre pensamiento y afecto, el concepto y la pasión” (89). Para Vigotski, comprender a Spinoza conlleva entender correctamente su vínculo con la moderna “psiconeurología” y el desarrollo de la “ciencia de la conciencia del hombre” (90) pese a que el filósofo está vinculado a las corrientes fenomenológicas e idealistas en la psicología. Para él, una explicación verdaderamente materialista no niega los planteamientos del idealismo, los resuelve, y concluye: “un idealismo inteligente está más cerca de un materialismo auténtico que de un materialismo estúpido” (91). Para Vigotski, Spinoza, al negar la teoría de la libertad de Descartes, contrapone una antítesis materialista: la libertad no es un acto de decisión libre, sino una “libre necesidad”.

Descartes es un asunto que le merece a Vigotski un análisis puntual. En su opinión, el dualismo cartesiano enfrenta sus limitaciones precisamente en las

emociones humanas, que no pueden ser explicadas ya por el mecanicismo corporal, ya por el espiritualismo del alma inmaterial —dos principios cartesianos excluyentes— sino que deben explicarse como un todo (146). Esta dualidad entre emociones e intelecto se expresa en Descartes también en la relación que guardan las pasiones y los demás procesos psicológicos, particularmente la voluntad. Para Descartes, dice Vigotski, la voluntad es irrestricta, libre, por lo que puede dominar a las pasiones, al cuerpo; “la idea fundamental de Descartes [...] consiste en admitir el poder absoluto de nuestra voluntad sobre las pasiones” (155). Esta tesis es precisamente la que rechaza Spinoza; rechaza el poder absoluto de la voluntad sobre las pasiones y vincula la necesidad a la libertad, no las contrapone. Esto abre el tema de la relación entre los procesos psíquicos superiores y su explicación causal o metafísica. A decir de Vigotski:

[...] se trata de saber si es posible o no conocer científicamente lo que son las formas superiores de la actividad consciente, si la psicología del hombre es posible o no como ciencia, y no como metafísica aplicada; carácter que es el de esta psicología en todos los idealistas sucesivos, comenzando por Descartes, continuando con Lotze y acabando con Bergson. (160)

Vigotski se adhiere a la versión de que Descartes explica las pasiones como mecanismos fisiológicos de reflejos viscerales (115) para luego concluir que la similitud de la teoría de las pasiones de Descartes y la de James–Lange es asombrosa, por lo tanto, también sus insuficiencias y limitaciones, una de las cuales sería la imposibilidad de enriquecer la teoría con datos fácticos, porque después de medio siglo de existencia de la teoría aún no se podía distinguir una emoción a partir de los cambios de los órganos internos (117-118).

Según Vigotski, la crítica esencial a la Teoría de James–Lange (y con ella a la de Descartes), radica en la concepción en torno a los sentimientos vinculados a los estados de conciencia; el nexo entre emoción y conciencia. Para aquellos autores, si la emoción se reduce a los estados corporales que son percibidos por la conciencia, su vínculo solamente es cognitivo (121). Así, la naturaleza psíquica de la emoción se reduce a la mera sensación de los cambios corporales, y con ello, la diferencia psicológica entre el sentimiento de honor que lleva a arriesgar la vida y el pavor de perderla sin motivo alguno, se igualan por los temblores de los músculos, los cambios en el tono de voz, la contracción de la pupila, etcétera, que provoca la adrenalina. Lo absurdo de esta explicación causal de James–Lange (la emoción es causada por los cambios corporales) lleva a Vigotski a valorar las críticas que se formularon desde la psicología idealista encabezada por los psicólogos teleo-

lógicos como Spranger y Dilthey, pese a que buscaban una psicología descriptiva sin explicación causal. En palabras de Vigotski, “La psicología idealista es necesaria en primer lugar porque la psicología materialista no ha cumplido las tareas que le competían, ha fracasado y ha vuelto a poner sus problemas en manos de la fisiología” (123). La incapacidad de explicar los procesos psicológicos superiores por ambas teorías, la descriptiva y la explicativa, la teleológica y la causal, lleva a Vigotski a ponerlas no como opuestas, sino como complementarias, como gemelas, porque ambas tienen una misma raíz filosófica: ante la visión mecanicista de las leyes del cuerpo hace falta la visión espiritualista de las leyes del alma, es decir, la visión dualista de Descartes evidenciada claramente en la manera en que se explican las emociones:

La idea de una psicología descriptiva y explicativa ya está contenida *a priori* en la teoría cartesiana de las pasiones. El reconocimiento de una ausencia total de estructura y la absoluta absurdidad de una pasión considerada de manera puramente mecánica [...] ha llevado necesariamente a la teoría James-Lange. (125)

Vigotski objeta la inconsistencia filosófica de Lange, puesto que comienza su texto con una crítica a la tesis de Kant acerca de que las emociones son “enfermedades del alma” para caer después en lo mismo (128). Para Vigotski, la tesis de que la razón y no la emoción, es la condición de normalidad psicológica resulta por demás cuestionable. La contraposición entre intelecto y afecto lleva a Lange a sostener que la educación tiene como propósito controlar las emociones más primarias, de tal forma que el desarrollo supone “dominar, aniquilar” (130) y suprimir los impulsos emocionales inadmisibles en las relaciones sociales. Para él, esta supresión es ley fundamental del desarrollo ontogenético y de la evolución de la humanidad. Los sentimientos tienden a debilitarse y desaparecer; “Las emociones son una tribu en vías de extinción, a la que, con el desarrollo de la civilización y la cultura, se elimina poco a poco de la escena de la historia” (130). En esta visión, los niños, las mujeres y los pueblos menos civilizados, son más susceptibles de padecer las emociones. Los pueblos salvajes son más violentos y más exuberantes en su alegría, mientras que los individuos de la raza de Lange son “pacíficos y dóciles comparados con [sus] bárbaros ancestros” (130). Lo anterior llevó a Lange a formular que: “Ese retroceso de la vida afectiva ante el crecimiento de la civilización de los individuos y las razas no sólo es proporcional al desarrollo de la vida intelectual, sino que, en gran parte, es consecuencia de dicho desarrollo” (131), y señala que a través de distintas generaciones humanas la excitabilidad vascular emocional se hace cada vez más débil mediante la educación.

Vigotski sintetiza con claridad las tesis comunes a la teorías de James y Lange: (a) la oposición entre la vida intelectual y las emociones; (b) la reducción de éstas a mecanismos neurofisiológicos ya vasomotores, ya viscerales o musculares, es decir, reflejos; (c) la incapacidad para dar una explicación histórica de las emociones; (d) el problema del desarrollo ontogenético de las emociones: su desarrollo en los niños tiende a la atrofia; (e) la concepción de que las emociones son “fenómenos rudimentarios, patológicos, accidentales e inexplicables” (134); (f) la separación entre las emociones y la conciencia al ubicarlas en órganos periféricos y no en la corteza cerebral, a pesar de que el desarrollo de la conciencia humana está ligado al de la corteza cerebral (136). Vigotski señala el hecho de que estas explicaciones mecanicistas (hoy diríamos biologicistas), al igual que la de Descartes, tienen un carácter antihistórico (135), saca a las emociones del desarrollo del psiquismo humano, del desarrollo histórico de la conciencia, y las coloca en una condición asilada (136). Vigotski es preciso: si la emoción es concebida como visceral y refleja, y a la vez como contrapuesta al intelecto y la conciencia, no hay razón para distinguir las emociones entre el niño y el adulto, ni tampoco entre la especie humana y la animal. En palabras de Vigotski: “Así, la solución paralelista del problema psicofísico [...] dualismo [...] nos lleva inevitablemente al más temible pensamiento de Descartes, a la separación total de la conciencia y de la vida” (199). El ahistoricismo de la teoría cartesiana se muestra en la concepción sobre el no desarrollo de las pasiones. Descartes sostiene que el feto no sólo tiene ideas innatas, como la de Dios, sino que ya posee todas las pasiones fundamentales humanas, el amor y el odio, la alegría y la tristeza, al igual que el adulto (205). Hay pues, tanto ideas innatas como pasiones innatas, una concepción organicista del psiquismo humano. Con el tiempo, otro cartesiano confeso, Noam Chomsky, agregaría al lenguaje en la bolsa del innatismo.

III. La vigencia de la crítica vigotskiana

En *Teoría de las emociones*, Vigotski hace una crítica sistemática a la visión del hombre como un autómatas con alma que subyace al modelo cartesiano de las pasiones humanas. Para él, ése era el modelo dominante en la psicología de su época, de ahí que se expresara de la siguiente manera:

La psicología actual está indecisa, vacila entre esas dos hipótesis, incapaz de elegir entre una de ellas, incapaz de resolver la cuestión más fundamental [...] el hombre o el autómatas [...] La psicología de las emociones contemporánea es exactamente, en la misma medida que la de Descartes, ya la psicología de las

pasiones de un autómatas sin alma, ya una psicología de las emociones autómatas de espíritus inertes. En consecuencia, la psicología de las emociones contemporánea puede entenderse como se quiera, menos como una psicología del hombre. (Vigotski, 2004:199-200)

La vigencia de esta crítica es incuestionable ante las modernas ciencias cognitivas que, al mecanizar al hombre, lo conciben como un cuerpo con ‘computador’ y un ‘alma’ como *software*. El libro es una demostración del método materialista vigotskiano aplicado a unas teorías que hoy ya no son vigentes, pero cuyas premisas filosóficas y metodológicas tienen otro rostro en el llamado monismo neuronal de las neurociencias cognitivas que utilizan la metáfora computacional. El dualismo cartesiano, el interaccionismo y el espiritualismo de la psicología teleológica que Vigotski critica en este libro están hoy presentes en las neurociencias modernas. El avance de las neurociencias tiene entre sus más notables investigadores no sólo a ganadores de premios Nobel, sino a la par, modernos dualistas constructores de la explicación científica del cerebro y seguidores de principios espiritualistas, es decir, renovados cartesianos metafísicos. Charles Scott Sherrington (1857-1952) premio Nobel de medicina en 1932; el canadiense—estadounidense Wilder Penfield (1891-1976), discípulo de Sherrington, y John Carew Eccles (1903-1997), premio Nobel de medicina en 1963 por sus investigaciones sobre el cerebro, que lo llevaron a proponer un modelo sobre la conciencia, son algunos de los ejemplos más llamativos. Sherrington se llegó a plantear si la voluntad o la mente no trascendían a la fisiología formando un principio separado de la naturaleza humana. Penfield sostenía que la mente era algo suprabiológico que observa y dirige al cerebro. Eccles explícitamente se ubicó en el dualismo interaccionista del cual derivó una aproximación religiosa:

Abrigo la esperanza de que la filosofía expresada en estas conferencias contribuya a restituir a la especie humana la creencia en el carácter espiritual de una naturaleza que toda persona posee y que está sobreimpuesta a su cuerpo y cerebro materiales. Esta restitución traerá de la mano una iluminación religiosa [...] la filosofía dualista—interaccionista conduce a la creencia en la primacía de la naturaleza espiritual del hombre, lo que a su vez conduce ‘hacia Dios’[...] (Eccles, 1986: 46)

En otro extremo se ubican actualmente algunos teóricos de la conciencia como el psicobiólogo Michael S. Gazzaniga —investigador del papel especializado de ambos hemisferios cerebrales— quién al llevar al extremo la visión reduccionista del monismo neural concluye que, si todo se explica mediante el sistema nervioso,

la psicología no tiene razón de ser: “La psicología propiamente tal ha muerto [...] la pregunta que debemos contestar en el siglo veintiuno es de qué manera el cerebro habilita la mente”.⁴ Otros neurólogos que teorizan sobre la conciencia reducen a ésta a una condición primaria, emocional, a un sentimiento, tal y como lo concibe Antonio Damasio.⁵

El camino trazado por los viejos planteamientos metodológicos y filosóficos de James–Lange acerca de las emociones, hoy se renueva concibiendo lo humano como susceptible de reducirse a los mecanismos neurofisiológicos en que se sustenta el cuerpo. El reduccionismo biológico, por su naturaleza, no puede dar cuenta de la variedad de las cualidades propiamente humanas de la conciencia, las motivaciones o los sentimientos, cuya explicación plena no se encuentra en nuestra biología, sino en el significado que adquiere la vida en interacción con otros; en la cultura y en la sociedad. Puesto que el reduccionismo biológico no da cuenta de ello, se abre la puerta a la psicología especulativa, teleológica, propiamente idealista. Así, de igual forma como lo criticara Vigotski con la Teoría de James–Lange, hoy surgen junto a la biologización, explicaciones filosóficas de corte idealista que reviven la vieja concepción solipsista de la conciencia. Junto al monismo neural en las explicaciones de la conciencia o el lenguaje, actualmente se plantean teorías de la conciencia que, desde la filosofía, reducen a ésta a la mera *sensación* de la experiencia fenomenológica, sensación inefable, subjetiva, inobservable cuyo nombre moderno es el de *qualia*⁶ representada por ciertos filósofos de la mente y asimilada acríticamente por otros tantos neurocientíficos cognitivos. El dualismo cartesiano que Vigotski señala en la coexistencia de teorías biologicistas y teorías fenomenológicas de las emociones de corte idealista continúa vigente en las discusiones acerca de la cognición, de la conciencia y el lenguaje, pues junto a teorías quálicas, coexisten invariablemente teorías reduccionistas sin que ambas puedan dar cuenta de cómo el psiquismo humano, que aparece como la unidad de procesos neurobiológicos y de contenidos histórico–sociales, es en realidad la expresión de la configuración y reorganización neurobiológica en constante dinamismo, no sólo generada por los genes, sino ante todo, por la experiencia histórico–cultural humana.

Ciertas aproximaciones lingüísticas no quedan ajenas a esta crítica vigotskiana. Si la línea argumentativa de Vigotski va dirigida a mostrar la inviabilidad de sostener

⁴ Gazzaniga, 1998: 13–14.

⁵ Damasio: 2000.

⁶ Si bien *qualia* es el plural de *quale*, en la literatura en español raramente se utiliza el singular quale. Por lo tanto, trataré a la palabra como un neologismo incorporado al español y, a partir de ello,

una explicación puramente biologicista para las funciones psíquicas de un hombre que, por otro lado, es concebido como autómatas con *microchips* eufemísticamente llamados *módulos*, la vigencia de su crítica se hace pertinente a las tesis asumidas por la lingüística generativista encabezada por Noam Chomsky que sostendrá que la explicación del lenguaje es un asunto, ya no de la psicología, sino de la biología, y que cuya forma de operar responde a procesos computacionales:

¿Cómo es posible que aparezca un sistema como el lenguaje humano en la mente/cerebro, lo que es lo mismo, en el mundo orgánico, donde parece que no es esperable encontrar algo con las propiedades básicas del lenguaje humano? [...] La preocupación es apropiada, pero su lugar está desplazado: se trata principalmente de un problema para la biología y las ciencias del cerebro [...] (Chomsky, 1999: 10)⁷

Esta visión tiene un doble carácter, por un lado, el llamado reduccionismo biológico de lo psicológico —en este caso el lenguaje—, y por el otro, la antropomorfización de la máquina computacional que ellos entienden como Hombre. La paradoja de las ciencias cognitivas actuales es que, concibiendo al hombre bajo la metáfora de la máquina computadora, buscan antropomorfizarla discutiendo sobre la ubicación, en ella, de la conciencia, el lenguaje, la imaginación, el pensamiento, la voluntad y las emociones. Esta visión, hoy dominante en nuestros ámbitos académicos, tiene ya una larga tradición en el mundo anglosajón, de ahí la vigencia crítica de este libro, de su método y de sus propuestas. Como dijera Vigotski:

Para nosotros, lo único que importa, al acabar el examen de la suerte de la teoría cartesiana de las pasiones en la psicología contemporánea, es mostrar que dicha teoría estaba polarizada por los principios contradictorios que encerraba y que se ha encarnado en las concepciones extremas, mecanicistas y espiritualistas, de la psicología contemporánea. (255)

aplicaré las reglas de concordancia correspondientes: *qualia* para el singular, y *los qualias* para el plural, de la misma manera que decimos el *chaneque* o los *chaneques*, pluralizando la palabra náhuatl *chaneque* que es el plural de *chane* (habitante de una localidad, dueño de casa, o habitante de la selva), palabra que, con la llegada de los españoles, se convirtió erróneamente en equivalente de duende en analogía con habitantes del bosque.

⁷ Siete años después afinaría la tesis de que: “La facultad del lenguaje en el sentido estrecho es sólo el sistema lingüístico computacional abstracto, independiente de otros sistemas con los cuales interactúa y se interconecta” (Hauser, Chomsky, y Tecumseh, 2002: 1571, la traducción es mía).

Obras Citadas

- Álvarez Pablo del Río, Amalia (1990), “Introducción”, en *Obras Escogidas de L. S. Vygotski*, tomo I, Madrid, Aprendizaje/Visor.
- Chomsky, Noam (1999), *El programa minimalista*, Madrid, Alianza.
- Damasio, Antonio (2000), *Sentir lo que sucede*, Madrid, Antonio Bello.
- Eccles, John (1986), *La psique humana*, Madrid, Tecnos.
- Gazzaniga, Michael (1998), *El Pasado de la Mente*, Barcelona, Andrés Bello.
- Hauser, Marc, Noam Chomsky y W. Fitch Tecumseh (2002), “The faculty of language: what is it, who has it, and how did it evolve?”, en *Science*, vol. 298, pp. 1569-1579.
- Leontiev, Aleksei N. (1993), “Las emociones y su desarrollo en la edad infantil”, en *Obras Escogidas de L. S. Vygotski*, tomo II, Madrid, Aprendizaje/Visor, pp. 403-442.
- _____ (1997), “Artículo sobre la labor creadora de L. S. Vygotski”. Apéndice del tomo I de las *Obras Escogidas de L. S. Vygotski*, Madrid, Aprendizaje/Visor, pp. 417-451.

Alejandro Escotto Córdova

Universidad Nacional Autónoma de México

D. R. © Alejandro Escotto Córdova, México, D. F., julio–diciembre, 2006.